

## MOTIVACIONES HACIA EL CONSUMO DE ALCOHOL EN JÓVENES - DATOS Y EXTRAPOLACIONES SOBRE EL CASO COSTARRICENSE

Jorge Sanabria León  
jorgeserious@gmail.com

Fecha de recepción: 6 noviembre 2008 - Fecha de aceptación: 19 marzo 2009

### *Resumen*

*Este artículo se propone reunir una serie de indicadores relacionados con las cifras en incremento del consumo de alcohol por parte de personas jóvenes y los riesgos asociados con la ingesta extrema. Asimismo, expone un estado de la cuestión del consumo nacional en jóvenes, según los datos disponibles y propone un conjunto de aspectos de carácter psico-social que requieren ser estudiados para lograr una comprensión amplia y profunda de la génesis y dinámica de las conductas de riesgo asociadas.*

**Palabras clave:** consumo excesivo de alcohol, juventud, indicadores de riesgo

### *Abstract*

*This paper is aimed at gathering some gauges related to increasing rates of alcohol consume among young people and the jeopardy involved in binge drinking. Besides it displays a state of art of the national consume trends based on the available data from which could be proposed a set of psycho-social issues to be researched in order to achieve a wide and deep comprehension of the origins and dynamic of the risky behaviors derived.*

**Key Words:** alcohol consume, youth, risk gauges, binge drinking

### **Introducción**

Un recuento de investigaciones hecho en el 2002 por el Instituto de Farmacodependencia de Costa Rica (IAFA) reporta que el 60% de la población de secundaria se había emborrachado al menos una vez al mes. La edad de inicio del consumo de alcohol ha venido disminuyendo considerablemente, situándose actualmente en la preadolescencia. Las mujeres casi alcanzan a los hombres, pues hace una década había tres tomadoras por cada 10 hombres, y ahora las cifras se homologan. El IAFA destaca que el 21% de las mujeres entre los 12 y 24 años se ha

embriagado al menos dos o más días seguidos al mes. Hace 15 años, solo el 4% de las mujeres reconocía haberse emborrachado. El consumo de licor entre los hombres también aumentó en los últimos 15 años; sin embargo, no tanto como entre las mujeres, el cual se multiplicó por cinco en ese período.

Asimismo, la Encuesta Nacional sobre percepciones y consumo en población de educación secundaria brinda información sobre tendencias de consumo de sustancias en jóvenes quienes cursan la educación secundaria, con el fin de direccionar estrategias de prevención e intervención por desarrollar en el país. Con

una muestra representativa de 4120 estudiantes costarricenses quienes cursan el 7º, 9º y 11º año de la educación secundaria, con un promedio de edad de 14.89 años. Se utiliza un cuestionario resultante de la integración del formulario de CICAD/OEA e ítemes elaborados y probados en algunas encuestas del Instituto sobre Alcoholismo y Farmacodependencia. La encuesta arrojó, respecto al consumo de alcohol, entre otros datos de interés, que casi la mitad (48%) de los y las jóvenes han consumido alguna vez en sus vidas (95.267 individuos) y un 17.4% lo hizo en el último mes (poco más de 34.53). No se detectan diferencias significativas por sexo. Otros datos sobre fumado, uso de drogas ilícitas, incluyendo la marihuana, muestran cifras igualmente alarmantes, aunque nunca cercanas a las derivadas del consumo de licor. El consumo abusivo siempre implica un riesgo para el tomador; sin embargo, las mujeres parecen correr mayor peligro, pues se intoxican más rápidamente, debido a la menor cantidad de agua corporal y su metabolismo de destrucción del alcohol a nivel hepático es más lento.

En el trabajo *Consumo de drogas en la juventud costarricense: Análisis de diez años de investigación* se analiza la evolución del consumo de tabaco, alcohol, entre otras drogas, en la juventud costarricense durante el periodo 1990-2000. Se utiliza una muestra de jóvenes con edades comprendidas entre los 12 y 24 años, considerada también en investigaciones anteriores y en estudios nacionales realizados en los años 1990 (548 hombres, 562 mujeres), 1995 (488 hombres 481 mujeres) y 2000 (941 hombres, 887 mujeres). La edad promedio es de 17 años. El instrumento fue construido por la oficina del IAFA, al cual se le hicieron ajustes a lo largo de los años y se le introdujo la prueba de tamizaje AUDIT, sustituyendo al CAGE. Algunos resultados muestran, respecto al consumo de alcohol, que la edad de inicio para hombres en 1990 fue de 14.53 y 15.11 en el 2000; para las mujeres en 1990 fue de 15.14 y para el 2000 fue de 15.97. Para los hombres, la probabilidad de ser consumidor activo aumenta conforme más edad tiene, en el caso de las mujeres no se ve esta situación. El consumo de medicamentos tranquilizantes representa un

1.5%, la distribución por sexo es equitativa. El consumo de tabaco arroja indicadores crecientes muy similares, pero el fumado activo va asociado más a los hombres, aunque el aumento del promedio de cigarrillos aumenta en ambos en el lapso de 10 años.

El IAFA considera que la violencia social está estrechamente asociada con el consumo de alcohol y otras drogas. Además, calcula que el 10% de la gente toma de manera problemática, lo cual quiere decir más de cinco tragos por ocasión, poniendo en riesgo las facultades físicas y mentales que les permiten tener control de su entorno más inmediato; por ejemplo, a la hora de conducir un automóvil. Los datos más inquietantes sobre el consumo de alcohol, aportados por la encuesta del IAFA, pueden resumirse de la siguiente forma:

- 295 sujetos de cada mil iniciaron el consumo durante el período de doce meses previos a la realización de la encuesta.
- consumo alguna vez en la vida: (54%), 69.000.
- consumo en el último mes: (27%) 35 mil estudiantes. No se detectan diferencias significativas por sexo. Al menos la mitad refiere haber presentado un episodio de embriaguez en las dos semanas anteriores a la realización de la encuesta.
- consumo activo: 20 mil jóvenes, semejante en hombres y mujeres. En ambos casos aumenta según el nivel educativo.
- bebidas de elección para fines de semana, durante el último mes: cerveza 60%; bebidas destiladas (guaro, ron, vodka y whisky) cerca de 50%, en ambos sexos; vino: aproximadamente uno de cada cuatro jóvenes.
- edad de inicio de consumo de bebidas alcohólicas: 13 años.

Estos datos revelan la importancia de estudiar las motivaciones juveniles hacia el consumo de alcohol, con el propósito de identificar los factores de vulnerabilidad que conducen a esta conducta de riesgo, así como los factores protectores que podrían favorecer su prevención.

## Antecedentes

Ahlström y Österberg (2004/2005) señalan que los patrones de consumo de alcohol varían considerablemente según el contexto de vida e identifican como los factores prevalentes la influencia de las normas sociales, la accesibilidad al alcohol y la valoración que exista sobre su consumo entre adolescentes y personas jóvenes. Estos patrones son diferenciables, a su vez, entre hombres y mujeres, entre personas mayores y jóvenes. Aunque en la mayoría de los países el mayor consumo de alcohol se concentra en porcentajes relativamente bajos de la población (cerca del 20%), la mayoría o casi la totalidad tienden a ser hombres, de tal forma que este porcentaje disminuye cuando lo hace el consumo per cápita, de manera que el consumo está aún más concentrado. Entre adolescentes y personas jóvenes, los índices de abstinencia tienden a ser menores y los de intoxicación a ser mayores. La tendencia al aumento de consecuencias no intencionales (accidentes de tránsito, caídas, ahogamientos y quemaduras), derivadas del consumo, es mayor entre quienes han comenzado a tomar en la adolescencia temprana, y es un indicador claro de la prevalencia del consumo a lo largo de la vida adulta, aunque no necesariamente implica problemas con el consumo del alcohol. Un dato muy frecuente en Estados Unidos y distintos países de Europa es que el primer consumo se ubica en las edades entre los 11 y los 13 años. Las tasas de abstinencia se ubican entre el 9% y el 25% (en diferentes países europeos) y el 40% en los Estados Unidos; no obstante, estas cifras tienden a disminuir con el inicio de la vida adulta e incluso aún más después de los 25 años. El beber hasta el grado de intoxicación es un denominador común en los países con mayor consumo entre adolescentes y jóvenes, con mayor prevalencia de los varones. Estos patrones están asociados con los hábitos (por ejemplo, de alimentación), a los tipos de bebidas preferidas y; por tanto, a la frecuencia del consumo y las actividades asociadas. Aunque la caracterización general de las diferencias por género ha sido que los hombres tienden a consumir más frecuentemente, en mayor cantidad y con más frecuencia hasta la intoxicación, los datos más recientes muestran

que la diferencia con las mujeres es cada vez menor. Algunas normas sociales se asocian con estos patrones; por ejemplo, cuál es el grado de consumo aceptable, qué varía según el contexto y cambia con el tiempo. Otras normas justifican el consumo de alcohol y destacan el aspecto de la socialización. Una de las variables más destacadas es el modelaje social, mas no así la presión social. Como necesidad de “encajar” en el grupo de pares, el comportamiento de consumo del grupo de referencia es uno de los principales factores predictivos, seguido por el comportamiento de los hermanos y hermanas. Otros factores importantes son la relación entre padres e hijos, la comunicación y las prácticas de crianza. En cambio, la clase social, la educación y la ocupación, el estatus de empleo, lugar de residencia, la etnicidad o la religión no tienen este valor predictivo entre adolescentes y jóvenes, como sí lo tienen entre personas adultas. Por supuesto, todo esto está ligado con la disponibilidad y precio de los licores.

Blommfield, Sockwell, Gmel y Rehn (2003) han logrado establecer que la diferencia entre culturas de consumo divididas en “húmedas” (el alcohol está integrado a la vida cotidiana, se consume con las comidas, es ampliamente accesible y aceptado, las tasas de abstinencias son altas y el vino es la bebida preferida) o “secas” (el alcohol no se consume comúnmente en la vida diaria, es poco frecuente en las comidas y el acceso está muy restringido; la abstinencia es más común, pero cuando se consume, la intoxicación es más frecuente y el vino es infrecuente), la influencia de una u otra sobre los hábitos de consumo entre las personas adolescentes y jóvenes es insignificante. Se asocian también los hallazgos de que la cerveza es la bebida preferida entre adolescentes y jóvenes, así como que los porcentajes de consumo hasta la ebriedad no están relacionados con el porcentaje de abstinencia o con el porcentaje de consumo general en un país determinado.

Comeau, Stewart y Loba (2001) han establecido que las motivaciones para el consumo de alcohol en adolescentes pueden definirse como retribución interna (por ejemplo, cambios en el ánimo), o recompensa externa (por ejemplo, aprobación social), de tal manera que el ingerir alcohol puede definirse por su valencia; es decir,

para obtener un resultado positivo o para evitar uno negativo. Definen cuatro motivos específicos: *coping* (reforzamiento interno negativo); conformidad (reforzamiento negativo externo); mejoramiento (reforzamiento interno positivo) y conformidad (reducción o evitación de la censura social), los cuales se asocian con grandes problemas de consumo, incluso después de haber controlado los niveles de consumo frecuente, de manera que el mejoramiento (tomar para incrementar los estados de ánimo) y el *coping* se relacionan con altos niveles de consumo. Han logrado establecer que las medidas demográficas y de personalidad están asociadas significativamente con el motivo de *coping*, con el mejoramiento y con las motivaciones sociales. El rasgo en el *coping* de ansiedad tiene valor predictivo; sin embargo, no así la sensibilidad ante la ansiedad. En cambio, en el motivo de conformidad, ambos factores tienen valor predictivo. En el consumo motivado por el mejoramiento, la búsqueda de sensaciones tiene un bajo valor predictivo, mas la baja sensibilidad a la ansiedad tiene un valor mayor. El género masculino presenta un alto valor predictivo en todos los casos.

En el caso de los estudiantes de *college* en los Estados Unidos, Crawford y Novak (2007) han planteado que la motivación a consumir alcohol se deriva de la presunción, asumida como normatividad, de que otros estudiantes toman mucho más y esta condición los deja en desventaja. Partieron de la existencia de otras concepciones al respecto, las cuales podrían aparecer como la capacidad para la resistencia ante la presión por consumir. Estudiaron dimensiones tales como antecedentes, tendencias a la auto-representación y la posible distancia entre la concepción del sí mismo y de los otros, encontrando que cuando la conciencia del sí mismo pasa por la dimensión pública y se presentan antecedentes familiares de alcoholismo, los estudiantes tienden a tomar en proporción a lo supuesto se espera de ellos, sobre todo cuando se trata de varones, particularmente cuando muestran una predisposición a la variabilidad en diferentes situaciones. Los estudiantes tienden a pensar, los demás toman en promedio mucho más de lo que hecho en realidad. Esta estimación es aún mayor en el caso de los varones quienes se

consideran parte de esta “cultura” del consumo excesivo. Los individuos más preocupados por la impresión social causada tienden a calibrar más las perspectivas y comportamientos de los otros y; por tanto, a sucumbir a la presión social. Las medidas de la socialización familiar, particularmente respecto a las preocupaciones por la violencia sexual, están asociadas con la percepción de los estudiantes quienes consideran que toman en proporción muy cercana a la esperada en ellos. Muy particularmente en el caso de las mujeres, los investigadores no encontraron que el riesgo de violaciones o ataques sexuales asociados con alcohol les permitieran incrementar su resistencia al consumo. Asimismo, a mayor discrepancia en la noción de sí mismo y de los otros, mayor la habilidad para resistirse al consumo. Los individuos quienes no se inscriben en la cultura del consumo, consideran con mayor énfasis los efectos negativos y consumen mucho menos de lo supuesto harían sus pares, mientras los participantes de esta cultura, las preocupaciones de salud, financieras y de toda índole no contribuyen a disminuir su consumo. Los investigadores muestran evidencia de los varones como más susceptibles a la presión social, así como a tomar en un nivel cercano a lo considerado por la norma. Aquellos estudiantes con un alto nivel de conciencia pública, con historias familiares de abuso de alcohol, presentaron la mayor tendencia a tomar en una proporción muy cercana a la supuestamente esperado de ellos y se consideraba normativa, de tal manera, aparecían como más preocupados por la evaluación de los otros y con mayor voluntad a alterar la propia conducta para encajar en las demandas situacionales, estando en mayor susceptibilidad ante el influjo de las exigencias de la situación, puesto que su actitud no refleja sus auténticas creencias y posiblemente el abuso sea transitorio. Otros resultados muestran a quienes adquieren este patrón, tienden a mantenerlo y generar problemas con el consumo. Los individuos quienes no se inscriben en esta “cultura” valoran mucho más los efectos negativos, disminuyen más los niveles de consumo y son más resistentes a la presión social.

En la misma línea, Lewis y Gouker (2007) se propusieron establecer si una serie de conductas asociadas con el consumo de alcohol, tales

como uso, intensidad y consecuencias de la bebida, pueden mostrar diferencias según el estatus de la identidad ideológica e interpersonal. Lograron establecer que los estudiantes del *college* muestran estas diferencias, pero solo a partir de las diferencias ideológicas, no así de las interpersonales. Asimismo, un alto grado de confianza en las creencias ideológicas aparece como protector contra las consecuencias de beber de una manera dañina. Asocian los contenidos ideológicos con asuntos relacionados con políticas, religión, ocupación y filosofía de vida, y los interpersonales con amistad, roles sexuales, citas románticas y ocio. Estos componentes derivan, a su vez, en diferentes grados de madurez, los cuales muestran una relación directa con la exposición o protección a un consumo riesgoso de alcohol.

Magar, Phillips y Hosie (2008) lograron establecer que una pobre auto-regulación cognitiva, o de la función ejecutiva, se asocia con un mayor involucramiento en actividades de riesgo y con un énfasis excesivo en los beneficios asociados, con una alta incidencia de problemas de bebida. Bajos niveles de auto-regulación se asocian con una participación creciente en problemas inducidos por el alcohol, tales como peleas o discusiones, lo cual, a su vez, se asocia con la calidad de los factores predictivos de la toma de decisiones. La regulación emocional se relaciona con los comportamientos de riesgo, estos subyacen a esta toma de decisiones; por ejemplo, al considerar o no diferentes opciones y la evaluación del costo – beneficio. Además, la reconsideración cognitiva reduce la probabilidad de la participación en riesgos, mientras que su supresión la incrementa. Los individuos quienes más frecuentemente fallan en regular sus emociones apropiadamente quedan vulnerables a cursos viscerales y vulnerables de acción que se relacionan con la tendencia a la bebida excesiva, pues no se consideran los riesgos y se minimizan las consecuencias negativas.

Von Eye, Bogat y Rhodes (2006) muestran adolescentes varones quienes tienden a considerar que toman mucho más que las mujeres adolescentes; sin embargo, la tendencia a consumir menos está relacionada con la actitud atribuida a sus padres, de tal forma, quienes esperarían que

sus padres se enojen tienden a consumir mucho menos. Aunque tanto para varones como para mujeres el consumo de los primeros tiende a considerarse mayor, en ambos casos, el mayor grado de severidad de las actitudes paternas establece un factor decisivo en la resistencia al consumo, lo cual tiene mayor impacto en el caso de los varones, diferencia la cual tiende a atenuarse conforme se avanza en el desarrollo; sin embargo, establecen que la predisposición al consumo tiende a disminuir con el tiempo.

Mortensen, Jensen, Sanders y Reinisch (2006) han comparado abstinentes y tomadores en función del estatus social, antecedentes, familiares, educación e inteligencia. Asociaron los abstinentes con baja desinhibición y bajos puntajes de reconocimiento social, mientras los bebedores de riesgo aparecen con puntajes altos en neuroticismo y, en los varones, alta desinhibición y altos puntajes de reconocimiento social, junto a bajos puntajes en logros. Al compararlos con bebedores leves y moderados, emerge el rasgo de una orientación de vida menos “preocupada” en los varones; mientras las mujeres mostraron puntajes relativamente altos en ansiedad, distimia y formas somáticas de los síntomas. Tiende a aparecer una mayor proporción de hombres tomadores leves y moderados, así como de mujeres abstinentes. Antecedentes de un consumo de riesgo solo aparecen en los tomadores excesivos, quienes se caracterizan por un bajo estatus social y educativo de los padres, y, en el caso de los hombres, estos aspectos también tienen un peso significativo en su biografía. Asimismo, la medición del coeficiente intelectual muestra registros más bajos, también los presenta los abstinentes en relación con los tomadores leves y moderados. Tanto en hombres como en mujeres, los tomadores de riesgo obtienen los más altos puntajes en neuroticismo, en contraste con los leves y moderados. En las mujeres abstinentes, los puntajes son incluso menores que los de los tomadores leves y moderados en las escalas de neuroticismo, búsqueda de sensaciones, desinhibición y susceptibilidad al aburrimiento, entre otra; sin embargo, en las mujeres tomadoras de riesgo no hay variaciones respecto a las tomadoras leves y moderadas. En las escalas sobre logros, resistencia y juego no aparecen asociaciones con

el consumo en las mujeres, pero en los hombres se evidencia que los tomadores de riesgo puntúan bajo en logro y resistencia y alto en juego; también obtienen puntajes menores en dominancia, reconocimiento social y deseabilidad, mientras las mujeres tomadoras en riesgo se diferencia en comprensión y deseabilidad. Hombres y mujeres abstinentes obtienen bajos puntajes en reconocimiento social, las mujeres obtienen menores puntajes en comprensión, abstracción y dominancia, e, igualmente, significativamente más altos en baja autoestima y deseabilidad. Entre los tomadores masculinos, se muestra un patrón entre el volumen de consumo y el logro y la resistencia. Las diferencias por el estatus social y de educación de los padres son significativas para todas las diferencias entre los tomadores, mientras que los rasgos con mayor valor predictivo fueron aburrimiento, susceptibilidad y deseabilidad.

El inicio de consumo de alcohol durante la adolescencia y, en el caso de Norteamérica, antes del ingreso al *college*, es mostrada por Fisher, Fried y Anushko (2007), quienes durante el desarrollo y validación de su cuestionario de investigación llegaron a establecer que la mayoría de estudiantes había tenido experiencia de bebida antes de ingresar al *college*, con apenas un 10% reportando el no haberlas tenido. El 74% refirió haber empezado con los pares en el rango de edad entre 14 y 17 años, el 23% nunca había estado ebrio, y alrededor del 40% rara vez había estado ebria. Más del 63% se consideran bebedores sociales, pero el 44% reportó haberse embriago una o dos veces inmediatamente antes de ingresar, con un 37% el cual refiere haber bebido de tres a nueve veces en el mes antes del ingreso. Asimismo, 28% de los hombres versus 11% de las mujeres reportaron haberse embriagado seis o más veces al mes. La mitad de los estudiantes habían tomado al menos cuatro bebidas por semana, los hombres refirieron un promedio de siete y las mujeres uno de cinco. Al final del año, el porcentaje de abstemios se mantuvo (9%), mas el 75% había tomado en más de diez ocasiones. Los reportes de haberse embriagado se incrementó ligeramente: 16% dijeron no haberse emborrachado, alrededor de 40% rara vez, y el 65% continuaban considerándose bebedores sociales. El 85% de los hombres y el 82% de las

mujeres reportaron haberse embriagado y el 37% y 395 respectivamente, haberlo hecho durante el mes anterior, por lo menos una, dos o tres veces. La mitad de los estudiantes reportaron cuatro bebidas por semana, incrementándose a nueve entre los varones y a cinco entre las mujeres.

En esta misma dirección, Glanz, Maddock, Shigaki y Sorensen (2003) habían establecido que las advertencias sobre las consecuencias civiles y criminales del consumo de alcohol entre personas menores de edad tiene un efecto en el incremento de la responsabilidad percibida y la disminución de la aceptabilidad percibida y respecto con el consumo en personas menores de edad, y, además, tales consecuencias no son de conocimiento común. No obstante, estos efectos no se mantienen en el tiempo, en cuanto a retener en la memoria las informaciones decisivas.

El estudio de Henry y Slater (2007) demuestra que el grado de vinculación de estudiantes de secundaria con su colegio es una variable predictiva del consumo de alcohol, de tal forma que a mayor grado de vinculación y cualidades de esta relación, menor el riesgo de consumo y viceversa. De igual manera sucede con sus perspectivas de consumir a futuro y con sus percepciones respecto al consumo supuesto en sus compañeros, así como con las aspiraciones incompatibles con el consumo de alcohol. El ambiente escolar normativo, la vinculación y calidad de la vinculación, tanto de parte de las institución como de sus estudiantes hacia ella, tiene un enorme valor predictivo en la resistencia al consumo, ratificando la importancia del contexto social.

En el mismo sentido, Howard, Griffin, Boekeloo, Lake y Bellows (2007) indagaron sobre qué pueden hacer los estudiantes para estar seguros cuando van a salir a tomar. La respuesta fue que planean permanecer con su grupo de amigos y mantener por lo menos a uno sobrio toda la noche. En particular, las mujeres hicieron énfasis en conocer el plan de la noche, pues creen que de lo contrario podrían exponerse a situaciones peligrosas. Muchos participantes mencionaron comer ante de ir a tomar y establecer un límite a la cantidad de alcohol para evitar la embriaguez. Igualmente, el tomar solo los fines de semana es visto como factor minimizador del daño. Asimismo, establecieron como normas

útiles: 1. siempre volver con el mismo grupo en el iniciaron, 2. las muchachas deben cuidar de los muchachos en el grupo y prevenir situaciones inseguras (hombres y mujeres consideraron esta un idea extraordinaria), 3. el grupo debe monitorear la cantidad y frecuencia de consumo de todos los participantes. A la persona quien permanece sobria debe otorgársele la facultad de tomar decisiones las cuales aseguren el retorno seguro de todos; además, debe ocuparse de quienes sufren consecuencia negativas por la embriaguez. Las muchachas tiende a cuidar más de los varones que a la inversa y a menudo se consideran “cuidadoras naturales”, también mostraron mayor preocupación por lo que pueda haber en los tragos y a mantener un ritmo mesurado en la bebida, lo cual incluye no aceptar invitaciones de extraños ni visitar lugares desconocidos. Es importante mantener un conteo mental de los tragos ingeridos y detenerse en un número predeterminado. Además de no perder nunca de vista la estrategia para el retorno seguro al hogar, lo cual incluye la preocupación grupal por quienes se exceden en la bebida y tienen consecuencias negativas. El consumo extremo se asocia con sexo no planeado e inseguro, comportamiento agresivo, severas lesiones como resultado de accidentes de tránsito, así como diversos problemas psicológicos y sociales. Además, con problemas interpersonales, discapacidad física y cognitiva y un pobre rendimiento académico. Son más propensos a dañar la propiedad ajena, tener problemas con la autoridad, perder clases, tener severas resacas y herirse. Asimismo, se asocia con un consumo posterior abusivo. Otras consecuencias implican riesgo creciente de daño cerebral, supresión de anticuerpos, pérdida de la memoria, ataques y con propensión al consumo de cigarrillo y drogas ilícitas. No obstante, todo lo anterior, las personas jóvenes no se consideran a sí mismas en riesgo y, en efecto, la mayoría se define a sí mismos como tomadores de fiestas, tomadores ocasionales o denominaciones similares. También mencionan la resaca como la consecuencia más negativa, sin considerar las consecuencias a largo plazo ni contemplar el abuso de alcohol como un tema importante. Suelen señalar que toman por diversión, estar felices, ganar confianza, estar en onda o simplemente por hacerlo, encontrándolo una parte normal de sus vidas, al extremo de

bromear con que la única razón para dejar de beber es porque se acabó. Los adolescentes no se perciben como ebrios, erróneamente, ni lo ven como un problema y más bien gustan de destacar el beneficio de la sociabilidad o la percepción de que mejora su interacción social e incrementa la relajación y la excitación.

Howard, Griffin, Boekeloo, Lake y Bellows (2007) reseñan como uno de los más fuertes factores predictivos del consumo extremo entre estudiantes de *college* la residencia en una fraternidad masculina o hermandad femenina, participación en estilos de vida centrados en la fiesta, en actividades de riesgo como drogas o sexo inseguro. Refieren los autores que en el caso de los británicos, se menciona que los tomadores extremos se caracterizan por ser varones jóvenes, trabajadores manuales, sin título universitario, solteros, fumadores y con sobrepeso. El hecho de ser joven y varón es un rasgo encontrado frecuentemente entre tomadores extremos, incluso de manera notable entre las personas homosexuales. No obstante, se ha establecido que la trayectoria de consumo extremo no se diferencia por rasgos demográficos o características de estilo de vida iniciales. Las probabilidades de consumo extremo son mayores entre estudiantes menores de 24 años. Algunas otras características son un alto número de horas de trabajo parcial, fumadores, estar en dieta, llevar una vida sedentaria y con altos niveles de dificultad interpersonal y tensión; también aparece aparejada la búsqueda de sensaciones. Al contrario, la filiación religiosa está negativamente relacionada con el consumo extremo, lo cual contrasta con la participación en actividades atléticas, la cual presenta el patrón opuesto. Las mujeres refieren con mayor frecuencia que consumen al extremo cuando están enojadas o se sienten menospreciadas o desean alejarse de sus problemas. Los hombres tienen una mayor tendencia a tomar al extremo para obtener la aprobación grupal o para mostrar coraje.

Estos hallazgos coinciden con los de Oei y Morawska (2004) sobre adolescentes y personas jóvenes quienes consideran frecuentemente el tomar hasta la embriaguez una suerte de ritual de pasaje a la adultez, como exposición a la escolarización, lo cual aparece en el echo de que cerca del 80% de los jóvenes de 12 años refieren haber

probado el alcohol. En una muestra australiana, aparece incluso un 30% de los escolares entre 16 y 17 años son tomadores excesivos y, de manera llamativa, en este caso, las mujeres superan levemente a los hombres. Asimismo, este tipo de consumo excesivo es mucho más frecuente entre adolescentes y personas jóvenes quienes asisten al *college* o la universidad que entre quienes no lo hacen, mostrando, en efecto, el consumo extremo como parte de una cierta cultura universitaria o académica. En la vida universitaria norteamericana, se le considera uno de los principales problemas relacionados con abuso de sustancias, estimando que cerca del 44% de los estudiantes universitarios son tomadores excesivos, con 50% para los hombres y 39% para las mujeres quienes se han embriagado al extremo en las últimas dos semanas. Estos datos son muy consistentes con los hallazgos en Australia.

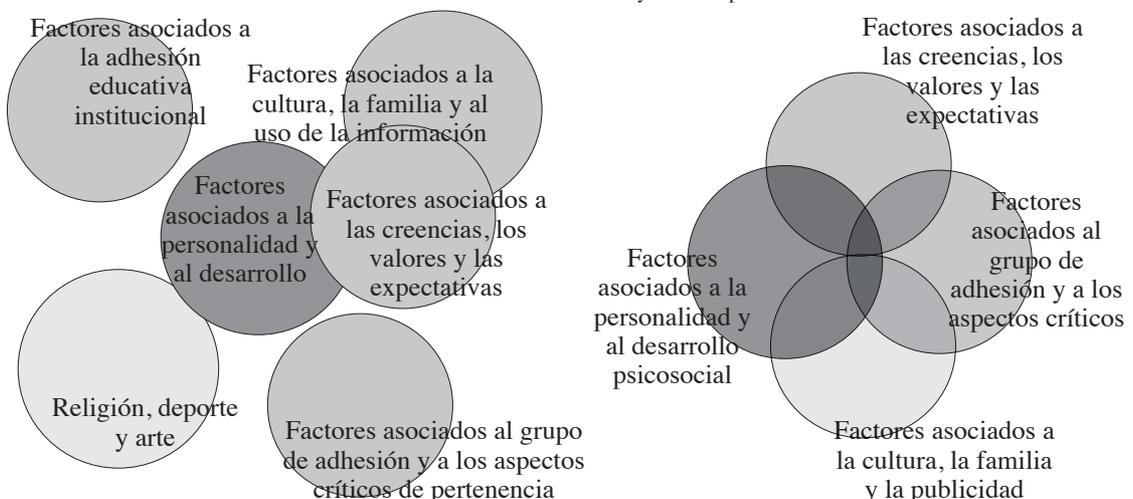
La prevalencia del consumo de alcohol, tanto el extremo como el diario, así como las edades de inicio, la alta incidencia entre la población de *college* y universidad, la condición prevalente masculina seguida de cerca por la femenina, la predominancia entre la población blanca seguida por la de los latinos y los afroamericanos, los contextos del consumo (incluyendo hogares, casas de amigos o conocidos, bares, restaurantes y lugares abiertos y públicos, la escuela y el trabajo, e incluso automóviles o camiones en movimiento) y las motivaciones son apuntalados

por el estudio de Windle (2003), en una encuesta nacional en los Estados Unidos, añadiendo un particular énfasis en el impacto que tienen en la mortalidad juvenil, la interrupción de estudio, trabajo o familia y para la condición general de salud, pues, entre otros factores, se presenta una co-morbilidad con el uso de drogas ilícitas y comportamiento sexual de alto riesgo.

Schroeder, Giordano y Cernkovich (2007) identifican los factores asociados con la desistencia del consumo de alcohol y del uso de drogas ilícitas, sobre todo por su conexión con la comisión de delitos o conductas ofensivas, la cual demuestran empíricamente. Ponen particular énfasis en que los lazos sociales y las redes sociales son niveles centrales en términos de determinar, por un lado, el involucramiento en comportamientos cada vez más complejos dentro del consumo extremo, incluso en el aspecto relacionado con el mantenimiento y la complejización de los patrones delictivos a lo largo de la historia de vida. Por otro lado, también la desistencia del círculo generado por el consumo extremo, sobre todo cuando entran en juego dimensiones sociales como el matrimonio, la familia y el empleo, las cuales se relacionan directamente con la motivación interna para el cambio. En la Figura 1 se representa cómo los factores protectores tienden a estar diseminados y poco cohesionados, mientras que los de riesgo se aproximan y afectan de manera conjunta.

Figura 1

Factores determinantes del consumo y factores protectores



Los indicadores decantados de los estudios referidos muestran que aquellos asociados con el incremento del riesgo de consumo excesivo tienden a estar muy fuertemente anudados entre sí y contribuir de una manera crítica.

En cambio, los factores asociados con la prevención tienden, cuando están asociados al individuo y su entorno, a estar muy cercanos; no obstante, cuando son de carácter externo o contextual, es muy posible que se ubiquen en la periferia de los recursos disponibles para la persona joven.

Importante es mostrar aquí cómo los factores asociados con la prevención no siempre están articulados en la vida cotidiana de una manera programática tal cual se pongan al servicio de contrarrestar aquellos quienes motivan o involucran a las personas jóvenes en el inicio o prevalencia del consumo de alcohol.

### **Datos relevantes de Costa Rica**

Para Costa Rica, Escalante (sf), basada en datos del 2000 - 2001, señala que en escolares de comunidades urbano marginales, la edad de inicio se cifra cerca de los 12 años. Resume los factores de riesgo y los factores protectores relacionados con el consumo de alcohol y demás sustancias adictivas, de la siguiente manera. Factores de riesgo: estilos parentales coercitivos y reprobativos (sic), problemas familiares, ruptura y disfunción familiar, antecedentes de adicción a sustancias por algún familiar cercano, pobre aceptación de su cuerpo y, en general, sentirse menos atractivo, "falla académica", temperamento agresivo o impulsivo, amistades con características de agresividad, delincuencia o consumo, abusos sexuales o físicos, derivados en un episodio depresivo, y problemas escolares por trastorno de déficit atencional o de aprendizaje. Factores protectores: estilos parentales apoyativos (sic) y afectivos, autoconcepto positivo asociado con relaciones interpersonales variadas y fáciles, humor, tolerancia a la frustración, orgullo moderado, espíritu de colaboración y seguridad en sí mismo, prácticas alimentarias saludables y actividad física.

El Instituto de Investigaciones Psicológicas reseña resultados importantes para el enfoque tratado aquí (Pérez, Smith y Campos, 2005). El 87.6% del total de los jóvenes encuestados reporta haber probado alguna vez una bebida alcohólica. Para la mayoría consumidora su experiencia con el alcohol comienza a finales de la pubertad e inicios de la adolescencia, entre los 12 y 16 años, la edad promedio para este grupo de la muestra es 14.91 años (D.E. 1.97). Asimismo, informan que son los amigos, los compañeros de estudio y los padres, las personas de quien reciben por primera vez el ofrecimiento.

La edad en la cual comenzaron a tomar de forma regular aumenta a un promedio 16.55 años (D.E. 1.53), resultando que la mayoría de los jóvenes comienzan el consumo regular entre los 15 y los 18 años. Además, se ha encontrado que la tendencia en cuanto a frecuencia de consumo es la de tomar solo de forma esporádica o de manera irregular, correspondiendo esto al 55% de las personas encuestadas. Le sigue un 16.4% que toma una vez a la semana o más veces. El 64% de los jóvenes reportan no haber experimentado una embriaguez avanzada; sin embargo, un importante 36% restante reporta tal experiencia. El hecho de tomar de forma poco frecuente, no necesariamente indica que cuando lo hace no llegue a la embriaguez. Al relacionar la frecuencia con el hecho de haberse embriagado, se encontró que quienes consumen más frecuentemente, son en su mayoría quienes informan de experiencias de embriaguez. No obstante, los que consumen de manera esporádica tampoco han estado exentos, aunque en menor medida.

En cuanto a las diferencias por género, las mujeres son quienes más toman siguiendo este patrón de "rara vez". Quienes toman varias veces a la semana, son predominantemente hombres. Sobre el contexto social, tomar con amigos (55.8%) y con la familia es relevante (22.2%), aunque el primer contexto es el predominante. Los lugares más frecuentes son las fiestas (33.9%) y los bares (27.4%), no así la casa paterna, lo cual podría indicar que tomar con la familia no necesariamente implica tomar en la casa de los padres.

Entre los amigos, predomina la afirmación de que la mayoría de ellos toma bebidas

alcohólicas (57%). Una minoría indica un consumo generalizado en la familia (10%); de forma predominante, solo algunos toman (55.9%) y, finalmente, ninguno en la familia toma (34%). Esta misma tendencia se da cuando califican el nivel de consumo de la familia de la madre o del padre, disminuyendo quienes informan que ninguno en la familia consume. Asimismo, 36.3% de las personas encuestadas dicen tener un familiar alcohólico.

Los investigadores construyen un índice del nivel de cultura del consumo juvenil de bebidas alcohólicas. Un reporte contemplando personas significativas a su alrededor, familiares y amigos, que en su mayoría consume bebidas alcohólicas, responde a una cultura de consumo mayor, el cual se aúna con la presencia de personas con problemas de alcoholismo en la familia. De 1 a 12, se obtuvo un puntaje de 6.30 (D.E.=2.09).

El nivel de conocimientos sobre metabolismo del alcohol, los efectos en el organismo, así como sobre criterios para identificar niveles de consumo nocivos, en una escala de 0 a 100, obtuvieron 41.35, oscilando entre 23 y 59.

Las acciones tomadas para romper con patrones riesgosos obtuvieron un puntaje de 74.57, ondeando entre un 56 como puntaje y 92, los cuales muestra prácticas de protección que se podrían calificar, en general, como adecuadas. En las medidas para reducir el riesgo, los jóvenes obtuvieron 71,1, fluctuando entre 53 y 92, esto refleja un uso apenas aceptable. Una tendencia predominante es recurrir a veces a las diferentes medidas, lo cual equivale un uso inconsistente y una baja efectividad. Las acciones menos utilizadas son ingerir alimentos antes y durante la ingesta de bebidas, ingerir no más de un trago o cerveza por hora y el cambiar el consumo excesivo ocasional por un consumo menor. Las más empleadas son un conductor designado (65%) y no manejar si se va a tomar (65%) y las mujeres las utilizan más que los hombres.

La incidencia de conductas de riesgo se ubica en un puntaje promedio de 54.19, entre 40 y 68, correspondiente a una incidencia media de conductas de riesgo. Entre el 30% y el 40% afirma haber mentido sobre la cantidad de bebidas consumidas, sentido la necesidad de tomar en horas

regulares o de beber durante cualquier evento especial, así como de hacerlo cuando se siente preocupado y las mujeres reportan menos conductas riesgosas. Los jóvenes quienes trabajan tienen puntajes significativamente más altos en acciones para romper los patrones de consumo riesgoso que quienes no trabajan.

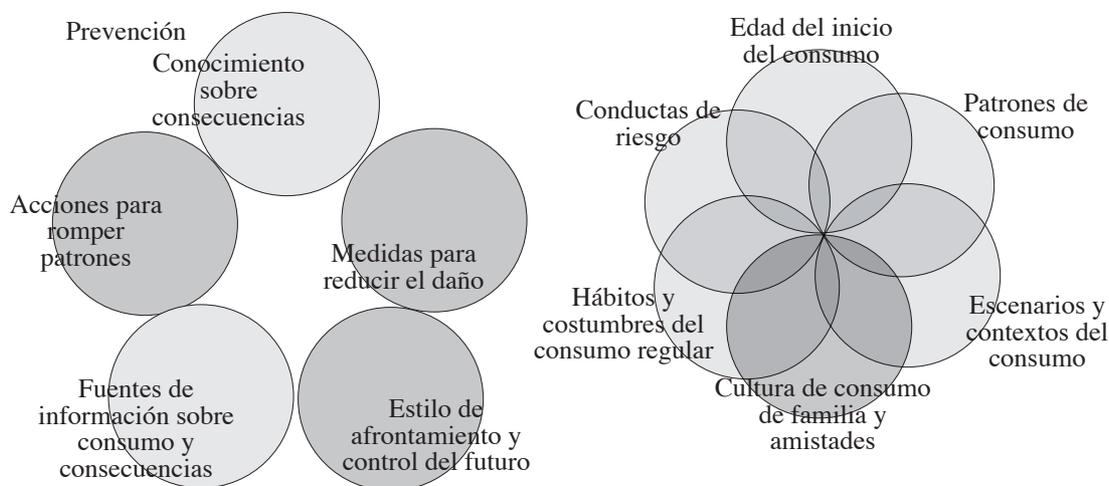
En una escala de calificación de 0 a 10 en su nivel de importancia, las principales fuentes de información para los jóvenes sobre los efectos y el consumo de las bebidas alcohólicas son la familia (7.88), el colegio (7.35), los amigos (5.23) y la escuela (5.09). El contraste entre hombres y mujeres muestra diferencias estrictamente significativas en la calificación de la televisión ( $t=-3.22$ ,  $g.l.=688$ ,  $p=0.001$ ) y los libros ( $t=-2.37$ ,  $g.l.=689$ ,  $p=0.018$ ), pues las mujeres las califican más alto. Entre el grupo de la zona rural y el grupo urbano, la única diferencia es la iglesia ( $t=-2.04$ ,  $g.l.=654$ ,  $p=0.041$ ), pues en zona rural puntúa más alto.

Los estilos de afrontamiento se midieron con una escala de 1 a 4, en la cual aparece privilegiado el afrontamiento activo de los problemas sobre la evasión (2,97 D.E. = 0,51 y de 1,55, D.E. = 0,52 respectivamente). Las puntuaciones medias de las estrategias activas para la resolución de problemas son significativamente mayores que las puntuaciones del uso de estrategias evasivas ( $t_{713} = 49,93$ ,  $p > .001$ ).

Asimismo, los jóvenes consideran tener bastante control sobre su futuro (Me 3,40, D.E. = 0,41), muy cercanas al límite superior de la escala. De igual manera, los jóvenes parecen mantener un importante vínculo afectivo con su generación o grupo de pares (Me 2,97, D.E. = 0,42). Cuando se les pregunta qué tan eficaces se perciben a sí mismos a la hora de resolver problemas, las puntuaciones se acercan más al extremo alto de la escala (Me 3,22, D.E. = 0,44).

De nuevo, visto los datos en su conjunto, aquellas condiciones precipitantes de un consumo precoz y prevalente, así como extremo, tienden a aglomerarse alrededor de las condiciones de vida cotidiana de las personas jóvenes. La Figura 2 representa la concatenación y proximidad de estos factores de riesgo y la escasa articulación de los preventivos.

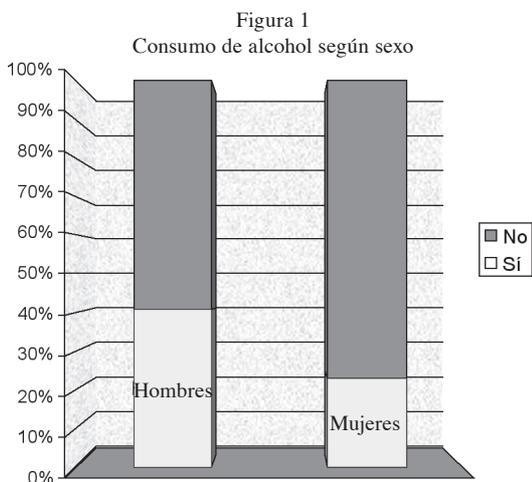
Figura 2  
Factores analíticos sobre el consumo



En cambio, las conducentes a un comportamiento de cautela o desistencia suelen no integrarse en condiciones propicias para las personas jóvenes en sus contextos de vida.

La Primera Encuesta Nacional de Juventud (Consejo de la Persona Joven, 2008) arroja datos actuales sobre el tema del consumo de alcohol entre las personas jóvenes en Costa Rica. Es importante recordar que la Encuesta Nacional de Juventud utiliza el rango de edad de 15 a 35 años, de acuerdo con la Ley 8261 de la persona joven.

El figura 1 muestra el contraste de tendencias de consumo por género.



Fuente: I Encuesta Nacional de Juventud - Consejo de la Persona Joven - Costa Rica (elaboración propia).

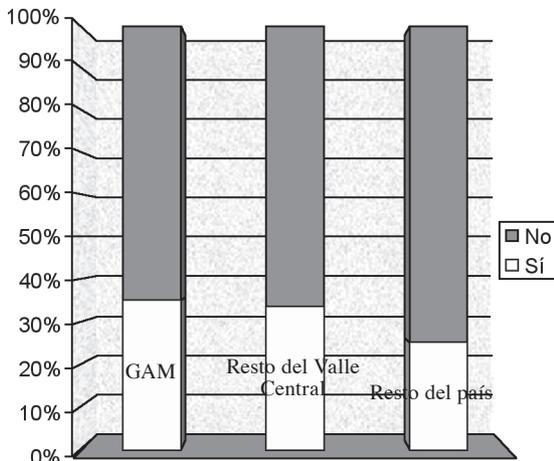
Es importante destacar que el consumo en los hombres duplica al de las mujeres y que entre estas últimas la cifra no deja de ser muy considerable. Las tendencias consignadas en los estudios internacionales podrían estar también apareciendo para el caso de Costa Rica, en el sentido de que el consumo entre las mujeres tiende a aproximarse cada vez más al de los hombres. Es útil anotar que se trata, en la proyección a la población nacional del 2007, de 334287 hombres y 185922 mujeres.

Este es un patrón que muy consistente en todo el país, tal y como se aprecia en la desagregación territorial entre Gran Área Metropolitana, Resto del Valle Central y Resto del país, según se indica en el figura 2.

Igualmente, se aprecia cómo la tendencia de consumo de alcohol entre las personas jóvenes es muy constante en todo el país, aunque disminuye en las regiones fuera del Valle Central. Este dato podría estar indicando la presencia de hábitos anclados culturalmente. Este comportamiento se muestra en el figura 3.

Además de que el porcentaje de consumo se incrementa con la edad (para estabilizarse en el rango superior), es llamativo que en el rango de edad de personas más jóvenes, el reporte no está muy lejos del siguiente y ya implica que poco más del 15% consume o ha consumido bebidas alcohólicas, lo cual implica a la población la cual aún se encuentra o debería encontrarse en

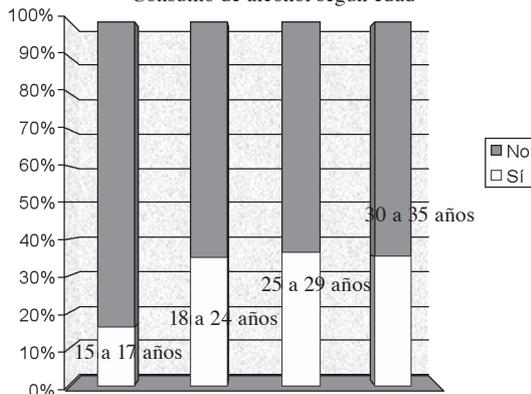
Figura 2  
Consumo de alcohol según región



Fuente: I Encuesta Nacional de Juventud - Consejo de la Persona Joven - Costa Rica (elaboración propia).

Figura 3

Consumo de alcohol según edad



Fuente: I Encuesta Nacional de Juventud - Consejo de la Persona Joven - Costa Rica (elaboración propia).

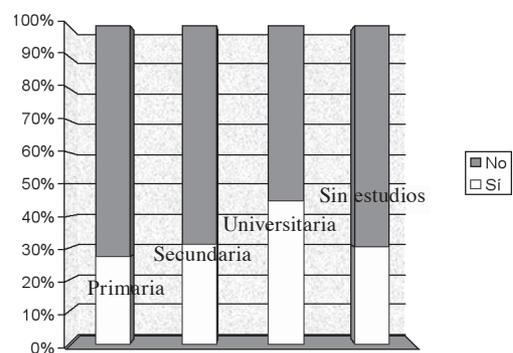
el sistema educativo o que, según el marco legal, puede incorporarse al mercado laboral bajo el régimen especial.

La educación, por sí misma, no pareciera, empero, ser un factor asociado con el consumo, pues las personas jóvenes quienes reportaron consumir se distribuyen de una manera muy homogénea entre los diferentes niveles educativos, tendiendo a incrementarse según el nivel educativo.

Permanecer en el sistema educativo no es un aspecto el cual haga disminuir los porcentajes

de consumo, sino incluso tiende a aumentar en la educación superior. Una parte importante de las personas jóvenes que reportaron consumo se encuentra todavía cursando el primer ciclo de la enseñanza básica, tal y como se muestra en el figura 4.

Figura 4  
Consumo de alcohol según nivel educativo



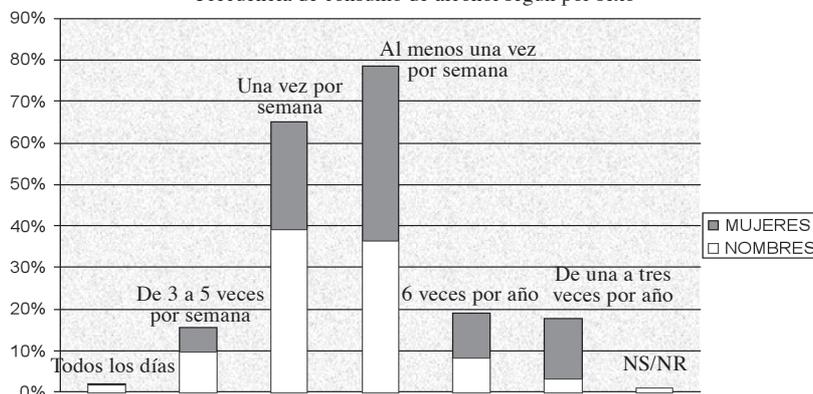
Fuente: I Encuesta Nacional de Juventud - Consejo de la Persona Joven - Costa Rica (elaboración propia).

En el caso de la frecuencia de consumo de alcohol, expuesta en el figura 5, según el sexo de la persona joven, es claro que los patrones entre hombres y mujeres tienden a aproximarse, sobre todo en la categoría de al menos una vez por semana, con lo cual se inclinan hacia los eventos registrados en otras latitudes relacionados con que las mujeres no solo han incrementado la tasa de consumo, sino que se aproximan a la de los hombres.

Es útil recordar que este es el reporte de las personas jóvenes quienes consignaron consumir alcohol, de tal manera que ahora aparecen desagregadas según la frecuencia del hábito. De esta manera, la mayor cantidad de personas con el hábito lo hace de una manera muy regular y consuetudinaria, uno de los indicadores reportados como de mayor riesgo. Los indicadores de frecuencia aparecen en el figura 6.

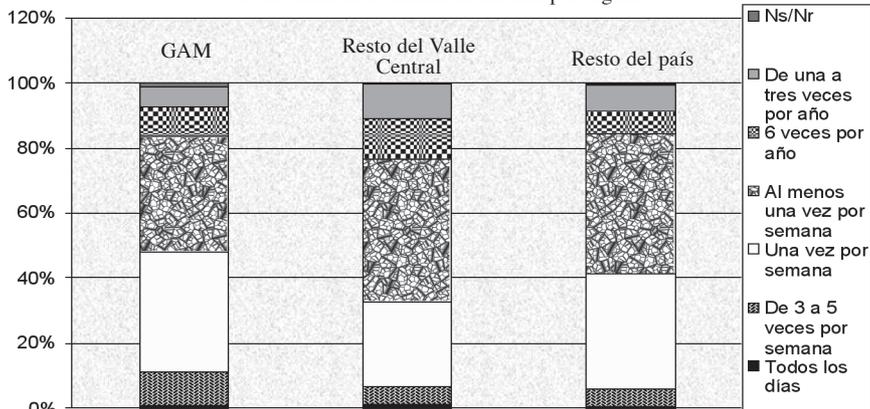
Como se aprecia, las frecuencias de consumo son también muy homogéneas en todo el país, presentando patrones muy regulares de acuerdo con la división geográfica, destacándose que las frecuencias más altas son compartidas.

Figura 5  
Frecuencia de consumo de alcohol según por sexo



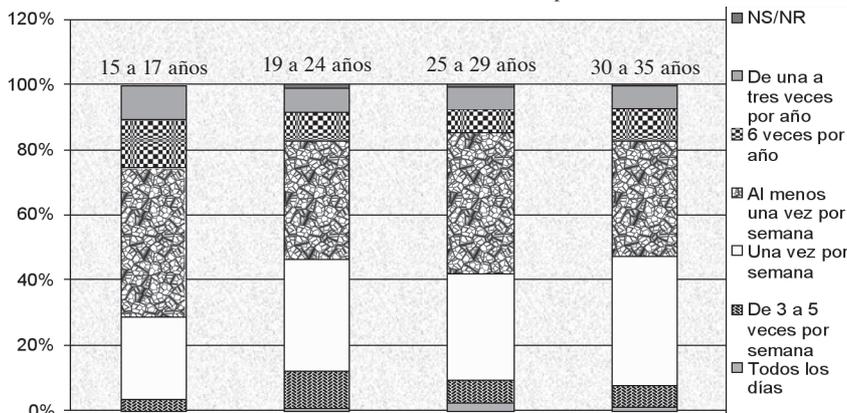
Fuente: I Encuesta Nacional de Juventud - Consejo de la Persona Joven - Costa Rica (elaboración propia).

Figura 6  
Frecuencia de consumo de alcohol por región



Fuente: I Encuesta Nacional de Juventud - Consejo de la Persona Joven - Costa Rica (elaboración propia).

Figura 7  
Frecuencia de consumo de alcohol por edad



Fuente: I Encuesta Nacional de Juventud - Consejo de la Persona Joven - Costa Rica (elaboración propia).

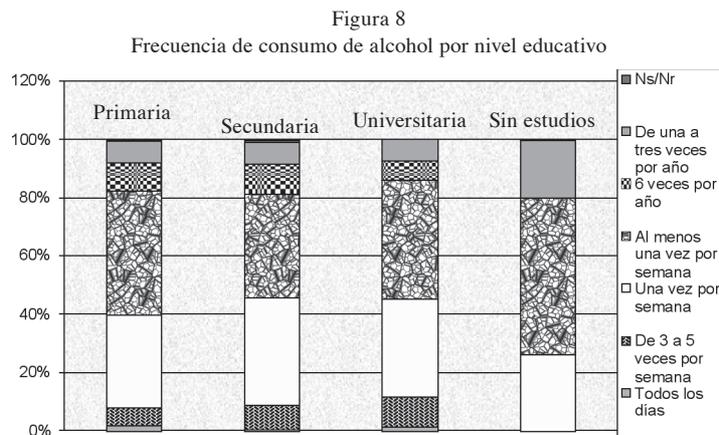
Asimismo, la figura 7 evidencia que cuando se desagrega por rangos de edad, resulta claro que las concentraciones se presentan en los rangos de edad muy homogéneas porcentualmente, con lo cual tienden a confirmarse las observaciones previas de estudios en Costa Rica, así como la coincidencia con hallazgos en otras latitudes, relacionados con que el consumo consuetudinario de alcohol empiezan a aparecer a muy temprana edad, con frecuencias, se encuentran dentro del perímetro del consumo de riesgo o extremo, y se mantienen a lo largo de la edad juvenil.

En cambio, el nivel educativo, a simple vista, no parece arrojar diferencias importantes en cuanto a los hábitos de consumo.

De hecho, las correlaciones de Pearson aplicadas en este caso tampoco arrojaron

significación estadística en ningún caso ( $Rho > 0.05$ ), con lo cual es posible afirmar que la distribución de los hábitos de consumo según el nivel educativo es homogénea. Por tanto, la educación, para el caso de Costa Rica, no aparece como un factor de protección, según estos datos.

La figura 8 destaca uno de los principios más interesantes arrojados por los estudios referidos anteriormente sobre la adhesión al sistema educativo, tanto como la identificación con la institución educativa, como constituyentes de un factor protector determinante del inicio temprano, el hábito frecuente y las conductas de riesgo asociadas con el consumo. Este dato, tomado con cautela resulta sugerente de que quienes toman no alteran su comportamiento conforme avanzan en la educación.



Fuente: I Encuesta Nacional de Juventud - Consejo de la Persona Joven - Costa Rica (elaboración propia).

## Conclusión

Puede identificarse una serie de indicadores relacionados ya sea con el consumo de riesgo o con abstinencia o consumo restringido de alcohol, los cuales afectan directamente a las personas jóvenes, incluso con mayor fuerza según menor sea el rango de edad:

- Los datos presentados parecen indicar que en Costa Rica el fenómeno del consumo de alcohol entre la población juvenil empieza

a presentar patrones sobre hábitos y prácticas, así como perfiles psico-sociales y eventuales conductas de riesgo que los encontrados en los estudios en países desarrollados.

- La edad de inicio ha venido disminuyendo considerablemente, situándose predominantemente en la preadolescencia.
- A menor edad de inicio, mayor la probabilidad de consumo a largo plazo.
- Las tasas de consumo entre las mujeres tienden a incrementarse y equipararse con las de

los hombres, pero con índices de crecimiento mucho mayores.

- El consumo se presenta con mayor intensidad entre personas jóvenes (hasta la edad universitaria).
- Las normas sociales sobre el significado de la ingesta alcohólica, junto con el modelaje social, son factores determinantes.
- Las expectativas de las personas jóvenes sobre cuánto se espera de parte de sus pares que deban tomar, es un componente decisivo y generalmente sobreestimado por parte de quienes iniciar el consumo.
- Los rasgos personales asociados con la función otorgada al desempeño individual y la participación de los otros en la propia vida tienen un valor predictivo importante tanto en la dirección del consumo precoz como de la abstinencia o moderación (a mayor seguridad en sí mismo, menor riesgo).
- La vinculación positiva con la institución educativa, sobre todo durante la secundaria, puede jugar un papel determinante en la prevención. Sin embargo, en Costa Rica, los datos parecen mostrar que las frecuencias de consumo se mantienen constantes, sin importar el nivel académico y con tendencia a un incremento del porcentaje de consumidores, según el nivel educativo.
- Hábitos y costumbres enraizadas en la familia y el grupo de amistades contribuyen al inicio y frecuencia del consumo.
- La participación en actividades asociadas con la religión, el deporte y el arte podrían estar demostrando un valor preventivo, pero escasamente registrado en Costa Rica.
- El pasaje a la vida adulta, con desafíos diferenciales por género, es un proceso crítico en el incremento o prevención de factores de riesgo.
- Los lazos sociales y las redes sociales de las personas jóvenes parecen tener una función clave en el incremento o prevención de factores de riesgo, según sea la valencia asumida por las creencias y expectativas.
- Uno de los elementos críticos en las motivaciones hacia el consumo es la expectativa que tiene la persona joven sobre lo supuesto es su grado de consumo por parte de su grupo de pares.
- Los estudios, hasta ahora, han ofrecido informaciones muy robustas sobre el comportamiento sociodemográfico del consumo de alcohol entre las personas jóvenes; sin embargo, no existe suficiente información sobre las motivaciones hacia el inicio y permanencia del consumo, sobre todo del que llega a niveles extremos y se asocia con conductas de riesgo.
- Por tanto, sería útil desarrollar investigaciones atinentes a profundizar en la caracterización del perfil psicosocial de los jóvenes consumidores, así como de los factores socio- culturales los cuales identifican como contribuyentes al hábito. Algunos de los indicadores más importantes podrían ser:
  - o Las principales motivaciones y elementos de adhesión al consumo de alcohol en personas jóvenes.
  - o Los principales factores personales y grupales incidentes en el consumo de alcohol en personas jóvenes.
  - o Mapear sistemático de los factores asociados con el consumo de alcohol en personas jóvenes, en diferentes contextos de vida.
  - o Diferenciar por género los principales factores personales y grupales incidentes en el consumo de alcohol en personas.
  - o Percepción de la publicidad y oferta mediática en torno al alcohol (publicidad, campañas o *events*), qué tipo de bebidas se publicitan (por ejemplo, consumo de alcohol en series preferidas).
  - o Significado del alcohol en la identidad personal.
  - o Significado del alcohol en la identidad social y en el grupo de adhesión.
  - o Percepciones sobre contrastes de estilos y formas masculinas y femeninas de consumo.
  - o Normas grupales presupuestas, expectativas de ingestión, presunciones sobre el comportamiento personal asumido por parte de los pares, así como distinciones o sanciones esperadas.

## Referencias bibliográficas

- Bejarano, J.; F. Ugalde y S. Fonseca. (2004). *Consumo de drogas en la juventud costarricense. Análisis de diez años de investigación*. Acta psiquiátrica psicológica de América Latina, 50, 3, 203 – 217.
- Bloomfield, K.; T. Stockwell, G. Gmehl y N. Rehn (2003). *International comparisons of alcohol consumption*. Alcohol Research and Health, 27, 1, 95 -109.
- Comeau, N.; S. Stewart y P. Loba. (2001). *The relations of trait anxiety, anxiety sensitivity, and sensation seeking to adolescents' motivations for alcohol, cigarette, and marijuana use*. Addictive Behaviors, 26, 803 -825.
- Consejo de la persona joven, Costa Rica (2008). *I Encuesta nacional de juventud*. Documento.
- Crawford, L. A. y K. B. Novak. (2005). *Resisting peer pressure: characteristics associated with other-self discrepancies in college students' levels of alcohol consumption*. Journal of alcohol and drug education, 35 -62.
- Escalante Chavez, L. (sf). *Abuso de sustancias en adolescentes*. Documento.
- Fisher, C. B.; A. L. Fried y A. Anushko. (2007). *Development and validation of the college drinking influences survey*. Journal of american college health, 56, 3, 217 -230,
- Von Eye, A.; G. A. Bogat y J. E. Rhodes. (2006). *Variable-oriented and person-oriented perspectives of analysis: The example of alcohol consumption in adolescence*. Journal of Adolescence, 29, 981–1004.
- Glanz, K.; J. E. Maddock, D. Shigaki y K. A. Sorensen. (2003). *Preventing underage drinking a "roll of the dice"*. Addictive behaviors, 28, 29 – 38.
- Henry, K. L. y M. D. Slater. (2007). *The Contextual Effect of School Attachment on Young Adolescents' Alcohol Use*. Journal of school health, 77, 2, 67 -74.
- Instituto Nacional de Farmacodependencia (2006). *La juventud y las drogas. Encuesta nacional sobre percepciones y consumo en población de educación secundaria*. Impreso.
- Smith, V., R. Pérez y D. Campos. (2005). *Evaluación desprograma "no es conmigo"*. Instituto de Investigaciones Psicológicas, UCR. Informe final de investigación. Documento.
- Howard, D. E.; M. Griffin, B. Boekeloo, K. Lake y D. Bellows. (2007). *Staying Safe While Consuming Alcohol: A Qualitative Study of the Protective Strategies and Informational Needs of College Freshmen*. Journal of american college health, 56, 3, 247 -254.
- Instituto sobre Alcoholismo y Farmacodependencia (2002). *Investigaciones sobre alcoholismo y farmacodependencia en Costa Rica 1996-2000*. Documento
- Lewis, T. F. y J. E. Gouker (2005). *Ideological Maturity and Drinking Behaviors among College Students*. Journal of alcohol and drug education, 17 -34.
- Magar, E. C.E.; L. H. Phillips y J. A. Hosie. (2008). *Self-regulation and risk-taking*. Personality and individual differences, 45, 153 -159.
- Mortensen, E. L.; H. H. Jensen, S. A. Sanders y J. Machover Reinisch. (2006). *Personality and social sciences associations between volume of alcohol consumption and social status, intelligence, and personality in a sample of young adult Danes*. Scandinavian Journal of Psychology, 47, 387–398.

Oei, T. P.S. y A. Morawska. (2004). *A cognitive model of binge drinking: The influence of alcohol expectancies and drinking refusal self-efficacy*. *Addictive behaviors*, 29, 159-179.

Sahlström, S. K. y E. L. Österberg. (2004/2005). *International perspectives on adolescent and young adult drinking*. *Alcohol Research and Health*, 28, 4, 258-268.

Schroeder, R. D.; P. C. Giordano y S. A. Cernkovich. (2007). *Drug use and desistance processes*. *Criminology*, 45, 1, 191-222.

Windle, M. (2003). *Alcohol use among adolescents and young adults*. *Alcohol research and health*, 27, 1, 79-85.